

aniversario del descubrimiento de la Venus de Milo, que conmemoraron elevando un globo que ardió.

En otra ocasión el marqués trajo de Lisboa fadistas famosos, el *Pintado*, el *Viravira* y el *Gago*: y después de comer, hasta tarde, á la luz de la luna, cinco guitarras lloraban los más tristes fados de Portugal.

Cuando estaban solos, Carlos y María pasaban sus mañanas en el kiosco japonés. En vez de las esteras de paja, Carlos le había revestido de sus hermosas colchas de la India, color de paja y color de perlas. Uno de los mayores cuidados de él, consistía en embellecer la *Cusita* y nunca volvía de Lisboa sin traer un marfil, una figurita de Sajonia, una porcelana, como novio feliz que perfecciona su nido.

María entre tanto no cesaba de recordar los planes intelectuales de Ega. Quería que trabajase, que ganase un nombre. Para contentarla Carlos escribió algunos artículos de medicina literaria para la *Gaceta Médica*. Trabajaba en el kiosco por la mañana. Había llevado á allí, libros, diccionarios y su famoso manuscrito de la Medicina antigua y moderna.

Hallaba un gran encanto en estar allí cincelando sus frases mientras María bordaba en silencio. María respetaba aquel trabajo como cosa noble y sagrada. Por la mañana ella misma quitaba el polvo á los libros, disponía las cuartillas, ponía plumas nuevas en los mangos y bordaba un almohadón para que el escritor estuviese más cómodo en su ancho sillón de cuero labrado.

Un día se ofreció para poner en limpio un artículo. Carlos, entusiasmado con la letra de ella, casi comparable á la legendaria de Dámaso, ocupábale ahora sin cesar como copista, sintiendo más amor por un trabajo á que ella se asociaba. Tenía para

ello un papel especial, pajizo y con un dedito al aire iba desarrollando las pesadas consideraciones de Carlos sobre el Vitalismo y el transformismo... Un beso la pagaba de todo.

A veces Carlos daba lecciones á Rosa, ahora de historia, contándosela familiarmente como un cuento de hadas, ahora de geografía, interesándola por las tierras donde viven gentes negras y por los viejos ríos, que corren entre las ruinas de los santuarios. Aquel era el placer más vivo de María. Seria, muda, llena de religión escuchaba el sér amado enseñando á su hija. Dejaba escapar de las manos la labor y el interés de Carlos, la grave atención de Rosa sentada á los pies de él, bebiendo las hermosas historias de Juana de Arco ó de las caravanas que van á la India, hacían resplandecer en sus ojos una niebla de lágrimas felices.

Desde mediados de Octubre, Alfonso de Maia hablaba de su partida de Santa Olavia y sólo la retardaba por algunas obras que empezara en la parte vieja de la casa y en las cocheras, pues hacía algún tiempo que tenía la pasión de edificar.

Carlos y María pensaban también abandonar los Olivares, porque él no podría permanecer allí cuando el abuelo estuviese en el Ramillete. Además, aquel fin de otoño era obscuro y agreste, y la suntuosa chimenea del comedor soltaba, entre sus dos nubios de ojos de cristal, una humareda odiosa cuando Domingo quería encenderla.

Una de aquellas mañanas en que Carlos estuviera hasta tarde con María, levantóse á las nueve y fué

á la *Casita*. Las ventanas de la habitación de María estaban aun cerradas y la casa, lavada por la lluvia, tenía una linda y silenciosa gracia de invierno. Llamó el cartero. Carlos fué á abrir, seguido de *Ni-niche*, pensando que recibiría carta de Cruges; pero el correo sólo consistía en una carta de Ega y en dos números de periódico, uno para él y otro para la "Señora Castro Gomes en la quinta del señor Craft en los Olivares."

Andando bajo las acacias, Carlos abrió la carta de Ega. Era de la víspera y decía así: "Lee este trapo que te envío con una prosa superior á la de Tácito. Pero no te asustes; yo suprimi, mediante dinero, todo el tiraje, menos los números que han ido uno á la *Casita* y otro para el gobernador civil. Creo que éste no llegará siquiera á su destino. En todo caso es preciso saber de dónde sale esto y tomar nuestras medidas. Ven. Te espero á las dos. Y como Yago decía á Casio, ponte dinero en la bolsa."

Carlos inquieto, quitó la faja del periódico. Llamábase *La Corneta del Diablo* y en la impresión, en el papel, en la abundancia de cursiva, en el tipo gastado, se revelaba inmundicia y lodo. En la primera página, dos cruces hechas con lápiz, señalaban un artículo que Carlos en un instante vió salpicado con su nombre. Leyó esto: "Oiga, *só* Maia; entonces ya no va al consultorio ni cuida de los enfermos del barrio, *só* elegante! Esto se decía hace poco en el Chiado á Maia, al Maia de los caballos ingleses, un tal Maia del Ramillete y que tiene fama de tener mucho *parné*; y el padre Paulino, que tiene buen ojo y que pasaba entonces, oyó el siguiente *toque*:—Es que el Maia prefiere vivir entre las faldas de una *brasileña casada* que no es brasileña ni casada, y tomarse las cosas con viento fresco: Pien-sa el hombre que ha hecho una conquista y no ha

„hecho más que una tontería, porque no le quieren „por sus bellos ojos, sino por sus *libras*. El infeliz, „que se las da de listo, imaginaba que las había con „una señora *chic* del boulevard de Paris, casada y „con título!... Y al fin descubre que su Dulcinea es „una *cocotte* marchita que se trajo para acá un bra- „sileño *harto ya* de ella, para endosarla á los lusi- „tanos... La flor le tocó al Maia. ¡Pobre pelma! Así „es que el Maia, sólo pescó los restos de otro, por- „que la *tipa* se la *había corrido* con un mozo de la „alta sociedad. De manera que mucha cautela, por- „que el Diablo tiene su *Corneta* preparada para to- „car por ese mundo las hazañas del Maia de las con- „quistas. ¡Ojo alerta, *só* Maia!„

Carlos quedó inmóvil entre las acacias con el pe- riódico en la mano, con el espanto mudo y furioso del hombre que súbitamente recibe en el rostro un puñado de lodo. No era la cólera de ver su amor así envilecido por la publicidad achulapada de un pe- riódico sórdido; era el horror de leer aquellas frases en *caló*, asquerosas, indecentes, oliendo fétidamente y cayendo sobre María y sobre el esplendor de su pasión. Sentíase emporcado y una sola idea surgía á través de su confusión. Matar al bruto que escri- biera aquello.

¡Matarlo! Ega compró los números de la hoja, Ega conocía, pues, al foliculario. Nada importaba que aquellos números que tenía en la mano fuesen los únicos impresos. Había recibido el lodo en la cara. Que la injuria fuese esparcida por las plazas y ca- lles ó lanzada únicamente á su rostro en un papel único, era igual. Quien tanto osara tenía que caer descalabrado!

Decidió ir en seguida al Ramillete. Domingo le dijo que no era posible de momento encontrar co-

che, pero que á las once habría el del *Tuerto* que la señora envió á buscar para ir á Lisboa.

Carlos recordó, en efecto, que María se había propuesto ir á la ciudad, pero Melanie, que pasaba con un jarro de agua caliente, le dijo que la señora todavía no se había vestido y que tal vez no fuese á Lisboa. Carlos volvió á pasear por el césped entre los nogales.

Sentóse por fin en el banco de madera, abrió el periódico destinado á María y volvió á leer despacio la prosa inmunda. Parecíale imposible que alguien se atreviera á echar aquellos puñados de lodo á una mujer inofensiva y pensó que únicamente Lisboa, sólo la horrible Lisboa, con su pudridero moral, su rebajamiento social, la pérdida entera del buen sentido, el desvío profundo del buen gusto, su sordidez y su *caló*, podía producir una *Corneta del diablo*.

Entre aquella alta cólera de moralista, sentía un dolor vivo y desgarrador. Sí, toda la sociedad de Lisboa, era una mancha en un rincón de Europa; ¿pero era una calumnia el artículo de *La Corneta*? No. Era el pasado de María que ella arrojara lejos de sí, como un vestido roto y sucio, que él mismo enterrara profundamente, recubriéndolo con su amor y con su nombre y que alguien desenterraba para mostrarle al sol con sus manchas y desgarrones... Y esto amenazaba para siempre su vida. En vano perdonara, en vano olvidara, el mundo, en torno, sabía. Y en cualquier tiempo el interés ó la perversidad podrían rehacer el artículo de *La Corneta*.

Se levantó agitado, y entonces allí, bajo aquellos árboles sin hojas, donde en verano paseara con María, esposa elegida de su existencia, Carlos se preguntó por vez primera á sí mismo, si la honra do-

méstica, la honra social, la pureza de los hombres de quienes descendía, la dignidad de los hombres que de él descendieran, le permitían en verdad casarse con ella.

¡Dedicarle toda su afección y su ternura, sí! Pero casarse... ¿Y si tuviese un hijo? Su hijo, ya hombre, altivo y puro, podría un día leer en una *Corneta* que su madre fué amante de un brasileño después de serlo de un irlandés. Y si su hijo le decía: "¡Es una calumnia!", él tendría que bajar la cabeza y decir: "Es verdad". Y su hijo vería siempre á su lado aquella madre de la cual el mundo ignoraba los martirios y los encantos, pero de la cual conocía los yerros.

¡Y ella misma! Si él apelase á su razón alta y recta, mostrándole las injurias que un día podría vomitar una *Corneta* sobre el hijo que de ellos naciera, ella misma le desligaría alegremente de su palabra, con tal de saber que no le faltaría jamás su amor profundo y tenaz. Durante todo el verano no había vuelto á aludir á otra unión que á la que causaba sus delicias. No, María no era una devota preocupada del "pecado mortal." ¿Qué podía importarle bendición más ó menos?

Sí, pero él que le pidiera aquella consagración en el momento más culminante de su largo amor, ¿retiraría ahora su promesa? No; su corazón no lo deseaba. El tenía en aquella alma su culto perfecto; en aquellos brazos una voluptuosidad magnífica; fuera de ella no había felicidad. ¿Qué le importaba que las *Cornetas* atronasen el aire? Afrontaría el mundo entero, afirmando el reinado incontrastable de la Pasión. Pero primeramente mataría á foliculario. Y todos sus pensamientos se revolvían furio-

sos contra el infame que manchó su amor y que, por unos momentos, produciále tanta pena y angustial

María abrió la ventana. Estaba pronta á salir; y bastó el brillo de su sonrisa, aquellos hombros de que la ropa modelaba la belleza llena y cálida, para que Carlos detestase las dudas cobardes y desleales que le habían asaltado. Corrió hacia ella. El beso que le dió, lento y mudo, tenía la humildad de un perdón que se implora.

—¿Qué tienes, que estás tan serio?

El sonrió. Serio, en el sentido solemne, no lo estaba. Recibió una carta, una de las eternas complicaciones de Ega. Y tenía que ir á Lisboa y pasar allí toda la noche.

—¿Toda la noche?—exclamó con despecho.

—¡Sí, es muy posible! En los asuntos de Ega siempre hay que contar con lo imprevisto... ¿Vas á Lisboa?

—Ahora con más razón... ¿Si no te molesto?...

—El día es bueno... pero hará frío por el camino.

A María le gustaban aquellos días serenos y fríos de fin de otoño.

—Bien, bien; vamos á almorzar, hija... Ega debe desesperarse de impaciencia.

María corrió á dar prisa á Domingo. Carlos á través de la hierba húmeda, fué lentamente hacia la fila de arbustos que por aquel lado cerraban la *Casita* como una cerca. Allí la colina descendía hacia el río, entre olivares y viñas. Más allá se veía el cielo azul y resplandeciente de luz. Más lejos, los montes y el río y una aldehuela blanca que anidaba junto al río. A Carlos le produjo aquella aldea un deseo de paz y de obscuridad. Pensó en lo bueno que sería tener en un rincón del mundo un sitio donde nadie le conociese, donde no tocasen las *Cornetas del Día-*

*blo* y pudiese descansar sin temor á injurias ni provocaciones al lado de la que amaba.

María le llamó sacando la cabeza por la ventana:

—¡Qué hermoso tiempo para viajar, María!—dijo Carlos acercándose.

—Lisboa es también muy bonita en este tiempo.

—¡Sí; pero sólo de pensar en el Chiado, en los políticos, en los periódicos, en las intrigas y en las mil y una estupideces de los lisboetas, siento horror! Cree que prefiero un rincón del Africa.

Iba á dar la una cuando el coche del *Tuerto* empezó á rodar por el camino. Casi al mismo tiempo subía un simón al trote cansado de un jamelgo. María creyó ver el sombrero blanco y el monóculo de Ega. Pararon. Era en efecto Ega, que reconociera también á sus amigos y acudía sorteando los charcos, dando zancadas de cigüeña. Al ver á María quedó aturrullado.

—¡Qué hermosa sorpresa! Iba á verles. Ví un día tan bonito y pensé..

—Bien, paga el coche y ven con nosotros—dijo Carlos más y más inquieto por aquel viaje de Ega.

Cuando entró en el carruaje de Carlos, Ega embarazado, sin poder despotricar lo de la *Corneta* por la presencia de María, empezó á hablar de las inundaciones de Riba Tejo.

Carlos no pudo contenerse.

—He recibido tu carta...

Ega replicó.

—¡Todo está arreglado! Y te aseguro que sólo venía movido de un sentimiento bucólico...

Discretamente María miraba para el río. Ega hizo entonces un movimiento con los dedos, que significaba: "Dinero, sólo es cuestión de dinero." Carlos se tranquilizó.

Ega volvió á hablar de las inundaciones y del sa-

rao que se daría á beneficio de los damnificados, en el *Salón de la Trinidad*. Iría todo el elemento oficial, incluso los reyes. El estaba invitado para leer un capítulo de las *Memorias de un Atomo*; pero se excusó por modestia. Cruges, en cambio, iría á tocar una de sus *Meditaciones*. También habría una poesía social de Alencar. En fin, todo auguraba una inmensa orgía.

—Usted, doña María,—añadió,—debía ir. Tendría ocasión de ver todo Portugal, romántico y liberal á la *besogne*, de corbata blanca y dando cuanto tienen en el alma.

—Sí, debías ir—dijo Carlos riendo.—Además, si Cruges toca y Alencar recita, es una fiesta nuestra.

—Está claro—gritó Ega.—Hay dos cosas que es necesario ver en Lisboa. Una procesión del Señor de los Pasos y un sarao poético.

Iban entonces por el largo paseo Pelourinho. Carlos gritó al cochero que parase al empezar la calle Alecrim. Ellos se apeaban allí para ir á Ramillete.

Detúvose el coche frente á una sastrería. En aquel instante se hallaba allí parado un viejo alto, calzando sus guantes negros, con largas barbas de apóstol, vestido de luto. Al ver á María, el hombre pareció asombrado. Después se quitó gravemente el sombrero, un inmenso sombrero, de alas retorcidas á la moda 1830, con ancha gasa.

—¿Quién es?—preguntó Carlos.

—Es el tío de Dámaso, Guimaraes—dijo María, que se había puesto colorada.—Es extraño. ¿Él aquí?

¡Ah, sí! El famoso señor Guimaraes, el del *Rappel*, el íntimo de Gambetta.

Carlos recordaba haberle visto en Price con Alencar y le saludó. Ega examinaba aquel legendario tío de Dámaso que ayudaba á gobernar Francia, y

cuando se despidieron de María, aun se volvió para mirarle de nuevo...

—¡Buen tipo! ¿Qué magnífico sombrero, eh? ¡De dónde demonios le conoce María!

—De París. Este Guimaraes era conocido de su madre. María ya me había hablado de él. Es un pobre diablo. Ni es amigo de Gambetta ni revolucionario, ni nada. Traduce noticias de los periódicos españoles para el *Rappel* y se muere de hambre.

—¿Y entonces, Dámaso?

—Dámaso es un trapalón. Vamos ahora á lo que importa... ¿Qué hay de esa inmundicia que me enviaste? ¡Dimel!

Andando despacio por el Aterro, Ega contó la historia de la inmundicia. La víspera por la tarde es cuando recibió en Ramillete la *Corneta*. Ya conocía el papelucho y al redactor, Palma, que era un perdido de tomo y lomo. Comprendió en seguida que si la prosa era de Palma, la inspiración era de otro. Palma no sabía nada de María, ni de la calle de San Francisco, ni de la *Casita*... No era, pues, natural que escribiera por gusto un documento que sólo podía producirle disgustos y puros. El artículo, pues, le fué simplemente encomendado y pagado. Tratándose de dinero, vence siempre quien tiene más. Por eso corrió á ver á Palma en su antro.

—¿También conoces su pocilga?—preguntó Carlos con horror.

—Tanto no... Pregunté en el Ministerio de Gracia y Justicia, y allí me indicaron su dirección...

Después fué al antro, encontró las cosas dispuestas por las manos hábiles de una providencia amiga. En primer lugar, después de imprimir cinco ó seis números, avergonzada quizá de aquellas barbaridades, se estropeó. Además de esto, el buen Palma estaba indignado con el caballero que le propu-

so el artículo, por cuestión de dinero, y apenas Ega le habló de comprarle la tirada, el periodista extendió en seguida la mano ancha, de uñas roidas, temblando de reconocimiento y esperanza. Le dió cinco libras que tenía y le prometió diez...

—Es caro, pero ¿qué quieres? No regateé bastante. En cuanto á decirme quién es el caballero que le encargó el artículo, Palma afirma que tiene que mantener una muchacha española, que Lisboa está carísima, que le han subido el alquiler de la casa y que la literatura...

—¿Cuánto quiere, en resumen?

—Cien mil reis. Pero amenazándolo con la policía tal vez lo diga por cuarenta.

—Promete los cien; promete todo, con tal que yo pueda saber el nombre. ¿Quién te parece que pueda ser?

Ega se encogió de hombros. Lentamente fué diciendo que el inspirador de la *Corneta* debía ser algún conocido de Castro Gomes; alguien que había estado en la calle de San Francisco, alguien conocedor de la *Casita*, alguien que por despecho ó por venganza, tenía ganas de fastidiar á Carlos; alguien que sabía la historia de María; alguien, en fin, que debía ser un cobarde.

—¡Estás describiendo á Dámaso!—exclamó Carlos pálido y deteniéndose.

Ega se encogió de hombros otra vez.

—Tal vez no... ¿Quién sabe? En fin, pronto lo sabremos con certeza, porque quedé con Palma en estar á las tres en el *Lisbonense*... Lo mejor es que vengas también. ¿Traes dinero?

—¡Si es Dámaso, lo mato!—murmuró Carlos.

No traía bastante dinero. Lo buscó. A las tres se detuvieron en la entrada del *Lisbonense*. Palma estaba ya en el portal fumando un cigarro. Extendió

entonces la mano á Carlos, que no se la tocó. Palma, sin ofenderle, declaró que iba ya á salir cansado de esperar. Sentía que el señor Maia se hubiese incomodado en ir allí...

—Hubiésemos arreglado este asuntito el amigo Ega y yo. En todo caso, si los señores quieren, vamos á un gabinete y beberemos algo.

Subiendo la lóbrega escalera, Carlos recordaba haber visto ya aquellos lentes de gruesos vidrios, aquella cara abotargada de color de sidra... Sí, fué en Cintra con Eusebio y las dos españolas, aquel mismo día en que él iba rodando por las calles como un perro perdido, en busca de María. Esto acabó de hacerlo odioso al señor Palma. Entraron en un cubículo con una ventana que dejaba penetrar una luz sucia de zaguán. Los manteles, salpicados de grasa y de vino, ostentaban unos platos en que se veían varias moscas nadando en aceite. El señor Palma llamó y mandó subir ginebra. Después subiéndose los pantalones:

—Creo que estoy entre caballeros. Como ya dije al amigo Ega, en todo este negocio...

Carlos le atajó dando con la contera del bastón en el borde de la mesa.

—Vamos á lo esencial... ¿Cuánto quiere el señor Palma por decirme quién le encomendó el artículo de la *Corneta*?

—Decir quién se lo encargó y probarlo—añadió Ega que examinaba un grabado.—No nos basta el nombre... Claro está que el amigo Palma es de toda confianza... Pero en fin, no es natural que le creyéramos si nos dijese que había sido don Luis de Braganza.

Palma se encogió de hombros. Claro que daría pruebas. Podría tener otros defectos, pero no era trapalón. En negocios era todo franqueza y clari-

dad. Si se convenían, allí tenía la prueba en el bolsillo. Tenía la carta del amigo que le encomendó el artículo, la lista de las personas á quien debía enviarse la *Corneta*, el borrador del artículo hecho con lápiz.

—¿Quiere cien mil reis por todo eso?—preguntó Carlos.

Palma quedó un momento indeciso. Entonces entró el camarero con la ginebra y el periodista les ofreció bebida, que ambos rehusaron. Después, cuando el criado salió, Ega acercósele y dijo:

—Cien mil reis son una hermosa suma, amigo Palma, y crea que se los ofrecemos por delicadeza, porque articulos como este, presentados al juzgado, llevan á presidio. Por una cosa por el estilo, Severino se fué al Africa y le metieron en un buque con ración de palos y de correa. Desagradable, muy desagradable. Por eso quise que tratásemos de esto á fuer de caballeros.

Palma, con la cabeza baja, deshacía terrones de azúcar dentro de la copa de ginebra y suspirando acabó por decir que aceptaba los cien mil reis.

Inmediatamente Carlos sacó del bolsillo del pantalón un puñado de libras que empezó á dejar caer en silencio una á una dentro de un plato.

Palma, agitado al oír el sonido del oro, sacó una cartera donde relucía un pesado monograma de plata, bajo una enorme corona de vizconde. Los dedos le temblaban; por fin extendió tres papeles sobre la mesa.

Ega, que esperaba con el monóculo preparado, lanzó una exclamación de triunfo. Había reconocido la letra de Dámaso.

Carlos examinó lentamente los papeles. Uno era una carta de Dámaso á Palma, corta y en caló, leyendo el artículo y recomendando que lo salpimen-

tase. Era el otro el borrador del artículo trabajosamente escrito por Dámaso. El último era la lista escrita por Dámaso de las personas que debían recibir la *Corneta*. Allí había los nombres de la Gouvarinho, del ministro del Brasil, de doña Maria de Acuña, del rey, de todos los amigos del Ramillete, de varias autoridades y de la cantante Fancelli...

Palma, entre tanto, nervioso, movía los dedos sobre los manteles, junto al plato en que relucían las libras. Fué Ega quien le animó, después de volver á mirar los documentos por sobre del hombro de Carlos.

—Recoja la paga, amigo Palma. Negocios son negocios y la paga es lo primero.

Al palpar el oro, Palma se conmovió. ¡Caramba! Si hubiese sabido que se trataba de un caballero como el señor Maia, no aceptara el artículo. Pero fué Eusebio Silveira quien le hablara, después Salcede y le hicieron mil protestas de que aquello no le importaba al señor Maia y que esto y que aquello... En fin, que se dejó tentar. Y al final, tanto Salcede, como Silveira se habían portado como bellacos.

¡Fue una suerte que se estropease la máquina! Sino estaba fresco ahora. Hubiese tenido un disgusto. Sí, palabra de honor; un disgusto. Pero en fin, el mal no ha sido grande y algo se ha hecho por la puerca vida.

Vivamente, de una ojeada, volvió á contar el dinero en la palma de la mano. Después apuró la ginebra de un solo trago. Carlos se guardó las cartas de Dámaso y se iba ya, cuando se le ocurrió una última pregunta:

—¿De modo que mi amigo Silveira también anduvo en el ajo?

El señor Palma, muy lealmente, aseguró que en

33336

sebio hablara únicamente en nombre del señor Dámaso.

—El pobre Eusebio vino sólo como embajador. Dámaso y yo no somos muy amigos. Nos peleamos un día de una juerga en casa de la vizcaina. Le prometí un par de bofetadas y él se calló. Pasado algún tiempo volvimos á hablarnos, cuando yo hacía la *High-life* en la *Verdad*. Pero un trasto... Eusebio ya digo que sólo vino como embajador.

Sin decir una palabra, sin un ademán á Palma, Carlos se volvió y salió. El redactor de la *Corneta* volvió á ponerse ginebra. Ega entre tanto encendía el cigarro.

—¿Es usted quien redacta todo el periódico, Palma?

—Me ayuda Silvestre.

—¿Qué Silvestre? —El que vive con la *Pingada*. Creo que usted no le conoce. Es un muchacho flacucho y nada feo. No escribe muy bien, pero sabe cosas de sociedad. Silvestre á veces tiene una gracia! Y sabe, sabe cosas de sociedad, lios, bellaquerías. ¿No ha leído usted nada de ello? Otra cosa, Ega. Crea usted que le agradezco lo que ha hecho. Cuando quiera, yo y la *Corneta* estamos á sus órdenes. Ega le alargó la mano.

—Agradeciendo, amigo Palma.

—Vaya usted con Dios, don Juanito — exclamó el digno periodista.

Carlos le esperaba abajo, dentro del coche.

—¿Y ahora? —preguntó Ega.

—Ahora salta para dentro y liquidemos con Dámaso.

Carlos había decidido ya enviar padrinos á Dámaso. El duelo debía ser á espada ó á florete, uno de aquellos hierros cuyo relampagueo le hacía palidecer. Si contra toda verosimilitud se batía, Carlos estaba decidido á hacerle un agujero que le obligase

á estar unos meses en cama. Si no, la única explicación que aceptaría del señor Salcedo sería un documento en el que escribiese estas simples palabras: "Yo, el abajo firmado, declaro que soy un infame.,, Para estos servicios, Carlos contaba con Ega.

—Sí, hombre, sí, vamos á eso — exclamó Ega, restregándose las manos de gusto.

Entre tanto era menester buscar otro padrino. Se acordaron de Cruges, pero era imposible dar con él. Decidieron ir al *Gremio* y enviar desde allí un billeteito llamándole "para un caso urgente de amistad y de arte.,,

—¿Con qué — decía Ega mientras trotaba el coche por la calle de San Francisco, — con que, vamos á aplastar á nuestro Dámaso?

—Sí — dijo el otro, — es necesario acabar con ésta persecución. Llega á ser ridículo. Con una estocada ó con una carta, tenemos á ese belitre aniquilado por algún tiempo. Yo preferiría la estocada. Si no, te dejo á ti árbitro de redactar una carta fuerte.

—Tendrás una buena carta — dijo Ega con una sonrisa de ferocidad.

En el *Gremio*, después de redactar la carta para Cruges, fueron á esperarle en la sala de las *Ilustraciones*. El conde de Gouvarinho y Steinbroken conversaban de pie junto á una ventana. Fué una sorpresa. El ministro de Finlandia abrió los brazos á su querido Maia, á quien no viera desde que marchó Alfonso á Santa Olavia. Gouvarinho acogió á Ega risueño, pero el apretón de manos á Carlos fué seco y corto. Ya días antes, encontrándose ambos en Loreto, Gouvarinho murmuró un "Cómo está Maia,, casi glacial. Ah, ya no eran aquellas efusiones, aquellas palmaditas en los hombros, de los tiempos en que Carlos y la condesa fumaban cigarrillos en la cama de titi. Ahora que Carlos abandonara la

calle de San Marcial y el cómodo sofá en que ella caía con un rumor de sayas estrujadas, el marido se hacía el enfadado, como abandonado también.

—Siento nostalgia de nuestras discusiones en Cintra—dijo dando á Ega las palmaditas cariñosas que antes diera á Carlos.—Tuvimoslas de primer orden.

Eran realmente discusiones tremendas las que armaban en el patio de la fonda sobre literatura y moral. Una noche se habían peleado á causa de la divinidad de Jesús.

—Es verdad—dijo Ega;—aquella noche parecía tener usted una hopa de hermano de Nuestro Señor de los Pasos.

El conde sonrió. Nadie mejor que él sabía que en aquellos sublimes episodios del Evangelio había mucho de leyenda. Pero eran leyendas que servían para consolar el alma humana... Acaso la filosofía y el racionalismo eran capaces de consolar una madre que llora. No. Pues entonces...

—En todo caso, bien nos enzarzábamos. Confieso que una discusión elevada sobre religión y metafísica me encanta. Si la política me dejase espacio, me dedicaba á la filosofía... Nací para profundizar problemas.

Steinbroken entre tanto, enfundado en su frac azul, con su ramito de romero en el pecho, tomó las manos de Carlos:

—¡Está usted más robusto que antes! ¿Y Alfonso de Maia todavía en sus propiedades? ¿No vendrá por aquí este invierno?

Y lamentó no haber visitado Santa Olavia. Pero la familia real se instaló en Cintra y él se vió obligado á acompañarla. Después tuvo que ir aprisa y corriendo á Inglaterra, de donde acababa de llegar pocos días antes.

Sí, Carlos ya lo sabía. Lo vió en la *Gaceta Ilustrada*.

—¿Lo leyó usted? Ah, sí, la *Gaceta* se muestra muy amable conmigo.

Habíanle anunciado la partida y después la llegada con gran cortesía. No podía por menos de ser dada la afección sincera que existe entre Portugal y Finlandia.

—Solo que—añadió sonriendo y dirigiéndose también á Gouvarinho—cometieron un ligero horror. Se dijo que yo había llegado de Southampton por el *Royal Mail*... No es verdad, no. Me embarqué en Burdeos en las *Messageries*. Pensé escribírselo al señor Pinto, redactor de la *Gaceta*, que es un mozo encantador. Pero me callé prudentemente. En fin es un error, me embarqué en Burdeos.

Ega murmuró que la historia se encargaría de rectificar aquel hecho. El ministro sonreía modestamente, haciendo un ademán que quería indicar que la historia no era menester que se tomara tal molestia. Entonces Gouvarinho miró el reloj y preguntó si los amigos sabían algo del ministerio y de la crisis.

Fué una sorpresa para ambos, que no habían leído los periódicos. Ega preguntó por qué había una crisis con las Cámaras cerradas y estando todo el mundo contento en pleno otoño. Gouvarinho se encogió de hombros con reserva. Hubo la víspera una reunión de ministros y por la mañana el presidente del Consejo fué á Palacio decidido á presentar la dimisión. No sabía más, ni siquiera había ido al Círculo, ni conferenció con sus amigos. Lo mismo que otras veces, había estado retirado, callado y esperando.

A Carlos le pareció aquello una abstención poco patriótica.

—Porque, en fin, Gouvarinho si sus amigos subieran...

—Exactamente por eso—contestó el conde—no deseo ponerme en evidencia... Tengo mi orgullo y tal vez motivos para tenerlo. Si mi palabra, mi experiencia y mi nombre son necesarios á mis amigos, ya saben donde encontrarme.

Calló mascando nerviosamente el cigarro. Steinbroken al oír aquellas cosas políticas, se apartó, limpiando los cristales de los lentes, recogido, impenetrable, como competía al gran recato neutral de Finlandia.

Ega no salía de su asombro. ¿Por qué, por qué caía así un gobierno, con mayoría en las Cámaras, sosiego en el país, apoyo en el ejército, protección del *Comptoir d'Escompte*?

Gouvarinho murmuró:

—El ministerio estaba gastado.

—¿Cómo una vela de sebo?—exclamó Ega riendo. El conde vaciló.

No diría como una vela de sebo, porque sebo significaba tontería y en el ministerio había talentos... Sí, había talentos poderosos...

—Vaya en gracia—exclamó Ega—en este bendito país todos los políticos tienen un *talento inmenso*. La oposición confiesa que los ministros, á quienes cubre de injurias, tienen un *talento inmenso, de primer orden*, salvo los disparates que cometen. La mayoría admite también que la oposición, aunque disparató atrocemente, posee *portentosos talentos*. Y resulta de ello que un país gobernado con *inmenso talento* es el peor gobernado de todos. Propongo, pues, que como los talentos siempre fallan, se pruebe á dejar gobernar á los imbéciles.

El conde sonreía con superioridad ante aquellas

exageraciones de la fantasía. Carlos, queriendo ser amable, dijo:

—¿Qué cartera preferiría usted, Gouvarinho, si subieran sus amigos? ¿La del Exterior, verdad?

El conde hizo un ademán de abnegación. Era muy difícil que sus amigos necesitasen de su experiencia política; pero de todos modos, la cartera del Exterior no le tentaba.

—¡Eso nunca! Para poder hablar alto en Europa, como ministro del Exterior, hay que tener un ejército de 200.000 hombres, una escuadra y muchos torpederos. Para que Bismarck ó Gladstone puedan mandar como amos, no vale la pena de ser ministro. ¿No le parece á usted Steinbroken?..

El embajador balbució:

—Ciertamente... Es muy grave.. Es excesivamente grave...

Ega entonces afirmó que el amigo Gouvarinho, con su interés geográfico por Africa, resultaría un ministro de Marina original, de grandes iniciativas.

El conde se puso colorado de placer.

—Sí, tal vez... Pero recuerde usted, querido Ega, que en las colonias está hecho todo. Se ha libertado á los esclavos, están organizados los servicios aduaneros; lo mejor está hecho; faltan sólo algunas cuestiones de detalle... En Loanda por ejemplo... Digo esto como un pormenor, como un retoque de progreso... ¡En Loanda sería conveniente establecer un teatro como elemento civilizador!

En aquel momento un criado anunció que el señor Cruces estaba abajo esperando.

—Es gracioso este Gouvarinho—decía Ega por la escalera.

—¡Y pensar—observó Carlos—que es uno de los mejores que tiene la política! ¡Tal vez es el mejor!

Hallaron á Cruces en la puerta, de americana

clara, liando un cigarrillo. Carlos le pidió que volviese á su casa á ponerse una levita negra.

El maestro preguntó:

—¿Se trata de una comida?

—No, de un entierro.

Y rápidamente, sin aludir á María, explicaron que Dámaso había publicado en un periódico en la *"Coroneta del Diablo"*, un artículo en el cual la palabra más suave que se dirigía á Carlos era la de *canalla*. Por lo tanto Ega y Cruges debían ir á casa de Dámaso, á pedirle la honra ó la vida.

—Bien—murmuró el maestro.—¿Qué he de hacer? Porque de estas cosas, maldito lo que entiendo.

—Es necesario ponerse una levita negra—dijo Ega—y fruncir el ceño. Después venir conmigo, no decir nada, tratar á Dámaso de usted, asentir á cuanto yo diga ó proponga y no desabrocharse la levita...

Sin otra observación Cruges partió para cubrirse de negro. Pero en mitad de la calle retrocedió:

—Oye, Carlos; el primer piso está libre y empapelado de nuevo.

—Gracias. Ve á ponerte sombrío en seguida.

El maestro se iba cuando delante del Gremio se detuvo un carruaje. Saltó de él Telles de Gama que preguntó á los dos amigos:

—¿Está arriba Gouvarinho?

—Sí... ¿Hay novedades?

—Ha caído el gobierno. ¡Sa Nuñez ha sido llamado!—Y atravesó el patio corriendo.

Carlos y Ega continuaron hasta la puerta de Cruges. Las ventanas del primer piso estaban abiertas. Carlos, mirándolas, pensaba en aquella vez en que las miraba desde el faetón, contemplándolas como una cosa inaccesible... ¡Cómo pasa todo!

Volvieron al Gremio. Gouvarinho y Telles se

iban. Ega se detuvo, dejó caer los brazos y exclamó:

—¡Allá va Gouvarinho al gobierno para mandar representar las *Damas de las Camelias* en Loandal Dios se apiade de nosotros.

Cruges apareció por fin, de sombrero alto, con una levita solemne y botas nuevas. Se metieron en un coche, dirigiéndose á casa de Dámaso. Carlos les esperaba en el jardín de la Estrella.

—Sed breves y mal intencionados.

La casa de Dámaso, vieja y de un sólo piso, tenía una enorme puerta verde que al abrirse hacía resonar una esquila de convento. Los dos amigos esperaron mucho antes de que apareciese el desarrapado gallego que servía de portero á Dámaso. En un rincón del patio se abría una puerta que daba al jardín, el cual parecía ser un depósito de cajones, botellas vacías y basura.

El gallego, que ya conocía al señor Ega, le llevó en seguida por una escalerilla esterada, á un corredor largo y oscuro que olía á moho. Después corrió hacia donde aparecía la claridad de una puerta entreabierta. Casi inmediatamente, Dámaso gritó desde allí:

—¿Es usted, Ega? ¡Entre aquí, hombre! ¡Qué diablo! Estoy vistiéndome...

Embarazado por aquella intimidad y efusión, Ega levantó la voz desde la sombra del corredor, y dijo gravemente:

—No hay duda, nos esperaba.